



BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MENORCA

NOS LIC.^{DO} D. JUAN TORRES Y RIBAS,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica, Obispo de Menorca, Protonotario
Apostólico *ad instar* de Su Santidad, Pre-
dicador de S. M., etc., etc.

Al venerable é Ilustrísimo Cabildo, á los respetables Párrocos y de-
más individuos del Clero, á las amadas Comunidades religiosas y
amados Fieles todos de la Diócesis: Salud y paz en Nuestro Señor
Jesucristo.

*Scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam,
quoniam diligimus fratres:*

Conocemos haber sido trasladados de la muerte á la
vida, en esto, en que amamos á los hermanos.

I Joan. III.—14.

AGÍTANSE los hombres, y son movidos todos los
humanos resortes que la sociedad posee, para
probar á dar solución á los tan graves moder-
nos problemas sociales que al mundo tienen hondamen-
te perturbado. Anteriormente á estas cuestiones de ma-

teriales intereses que afectan al bien ó mal estar de la vida, fueron arrojadas en medio de la sociedad, insidiosas y perversas teorías que al orden espiritual afectan, al origen y fin del hombre, á sus deberes religiosos y morales, saturándose de veneno aquellos problemas, ántes no conocidos en la forma antisocial que ostentan. Y sacadas de sus propios y naturales cauces, las corrientes que llevan las sanas y fecundas doctrinas que á aquellos ambos órdenes se refieren, dejando por ello la humana sociedad de ser fecundada, la esterilidad ocupa el lugar de la abundancia, queremos decir, que el odio, y el desorden que del odio naturalmente procede, reinan por el amor y por el orden, que del amor es engendrado. Porque el odio de clases y de personas es natural consecuencia del abandono de Dios y de la total entrega al mundo. *Si alguno ama al mundo, dice San Juan, no habita en él la caridad ó amor de Dios.* (1) *Y la semilla de Dios, dice el mismo Apóstol, no deja nacer el pecado, ó sea, el desorden.* (2) Y así es la verdad; que fuera de la ley de Dios, nunca hallarán los hombres otra cosa, que malestar y perturbación. Nunca lo que se llama problema social, que ha venido á ser planteado en la forma violenta con que se le conoce, por la pretensión de arrancar de la sociedad el influjo de la religión, nunca, repetimos, podrá ser resuelto ni siquiera mitigado, sino por aquel influjo que no se quiere recibir, ó mejor, se quiera apartar. No se ha dictado ni se dictará ley alguna, ni se hallará fórmula alguna con virtud para conciliar los extremos, las diferencias connaturales al hombre social, de los hombres en tales diversas posiciones colocados. Sólo el Evangelio ha podido armonizar el funcionamiento de tan complicada máquina del cuerpo so-

(1) I Joan, c. I—v. 15.

(2) Id. ibid—c. III—v. 3.

cial humano. Éste es el único código. Y sólo en la cruz del Redentor podrá escribirse el pacto de paz y de alianza entre grandes y pequeños, entre afortunados según el mundo, é infortunados. El que en ella murió, naciendo humilde y pobre, y sometido á trabajo y á los trabajos, enseña y conforta á los que, de condición y estado humildes, sienten tentación de rebelarse contra su condición; y dejándose llenar de oprobios, y subiendo al afrentoso patíbulo, reprende y advierte á los que, olvidados de la desgracia ajena, quieren hacer de los placeres y vanidades, el código de sus acciones. Con su doctrina y con su ejemplo ha dejado perfectamente resueltas todas las graves cuestiones que al mundo puedan agitar. « Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo. » De esta fuente han de manar todos los expedientes que se discurran para curar los males de la sociedad, para armonizar las aspiraciones y anhelos de los que tan diversas posiciones en la sociedad ocupan. Toda la humana sabiduría es y será siempre impotente para aportar el remedio á tales males; ántes bien, mejor que curarlos, los habrá de agravar, y los está agravando, como lo está revelando el estado de anarquía y de odio que impera donde las humanas teorías, divorciadas y enemigas de Dios, han hallado entrada y aceptación. Sembrada está la Europa de institutos de orden social con especiales fines y diversos nombres. Y si no es en aquellos que tienen por primer artículo de sus Reglamentos, « amarás á Dios y al prójimo, » en todos los demás se alimentan sus socios del odio más feroz, y se revuelven en ansias de trastornos. Y la cuestión social es en todas partes, la amenaza de guerra de clases, y de exterminio. ¿Y por qué después de tan largos años de ensayo, aquellos institutos ningún fruto han producido en orden al bienestar y á la paz social? Fracasados ó hechos imposibles todos los

sistemas para fijar las relaciones de las clases sociales entre sí, aquellos autores ó fautores, adoradores de sí mismos, rebelados contra Dios y su ley, de discurso en discurso, de ensayo sobre ensayo, han venido á concluir y proponer remedio, á tales males, -la repartición de bienes; que habria de ser evidentemente el medio no de hacer á los pobres ricos, sino pobres á todos los hombres, y la ocasión más propicia con toda seguridad aprovechada, para levantar sobre la sociedad desquiciada, la más espantosa tiranía que han visto los siglos.

Donde no hay amor da Dios y del prójimo por Dios, no puede haber sino egoismo. Y el egoismo no se ha sacrificado jamás por el bien ageno, y ménos, si ello ha de importar además de alguna privación, algun verdadero sacrificio. De la antigüedad no nos muestra la Historia ningun pueblo que, desconociendo al verdadero Dios, haya practicado la doctrina ni la haya conocido, de amor al prójimo. Y en los nuevos tiempos, allí donde han tenido entrada las demoleadoras doctrinas de todo órden religioso y social, han asomado enseguida y han tomado cuerpo, los instintos egoistas, con bien determinada tendencia á sacrificar para los mismos, todo ageno interes, en la misma cruel manera que en la antigüedad pagana se verificaba. El hombre es el mismo en todas las edades, y sus instintos se revelan de una misma manera en todo tiempo, y su condición moral se modifica por la modificación del espiritual ambiente en que vive. Si el paganismo mira con horror é instintivamente se aleja de las miserias, y abandona cruelmente á los desvalidos, ya el moderno paganismo, todo sensual, como aquel, ha podido sacar á discusión la licitud de suprimir á los demasiadamente viejos y á los enfermos considerados incurables. Si en la antigua Grecia era un agradable y admitido entretenimiento de los jóvenes libres,

salir á cazar esclavos, para hacer ostentación de su habilidad y destreza en las armas; ya en el moderno paganismo ha sido posible que hombres degenerados, sin religión, entretuvieran sus ócios, en cierta región de América, haciendo blanco de sus fusiles, en los cuerpos de los indefensos y aterrados indios; habiendo hecho necesario estas y otras caprichosas crueldades, que el Soberano Pontífice levantara la voz, ante el mundo entero. para protestar de ellas y buscar medios de evitarlas. (1)

Ya lo dejamos indicado. Ni teorías, ni sistemas, ni cosa alguna que no derive del amor de Dios y del prójimo por Dios, tendrá jamás eficacia para llegar al corazón del hombre, y hacerle amar el desinterés, el sacrificio por sus hermanos. *Non facile invenies*. Ya lo declaraba en nombre de la antigüedad pagana, el poeta Ovidio: «entre millares difícilmente hallarás uno que ame el bien con desinterés.» (2) Antes al contrario, nos declara Juvenal: «la ambiciosa gloria de unos pocos ha bastado para arruinar á la patria.» (3) Si el fin de las humanas acciones se reduce, según los apuntados sistemas y teorías, á los precisos límites de la presente vida, no hay lugar á esperar que quieran los hombres pensar en otras cosas, que en las de su interés. Las nociones de verdad, de justicia, de deberes, las reputan necesariamente cosas vanas, y la utilidad, y no más que la utilidad decide de sus acciones. Este resultado es tan lógico y tan tristemente experimentado, que en todos tiempos y en todas edades en que hayan tenido imperio aquellas doctrinas, se ha hecho patente y se ha sufrido.

(1) Carta Encíclica á los Obispos de América, 15 Agosto 1912.

(2) *Non facile invenies multis in millibus unum, virtutem pretium qui putet esse sibi*—Ovid—lib. 2—eleg, 3.

(3) *Patriam tamen obruit olim gloria paucorum*.—Satura 10.

«De lo justo y de lo honesto, decia el poeta latino, «so-
»la la utilidad decide.» (1) No, la impiedad moderna no
tiene derecho á hablar de amor al prójimo, ni aun cam-
biando el nombre, para en nada parecerse á la religión.
Con sus desastrosas filosofías naturalistas todas ellas en
el fondo y materialistas, no puede reconocer, y de he-
cho no reconoce, otra ley de costumbres, otra regla de
vida, que la que se halla, enseñan sus fautores, en la
naturaleza. Y la naturaleza, segun ellos mismos, regu-
la, si se admite la palabra, el derecho de cada uno por
el poder ó la fuerza que cada uno tenga ó posea, y de
tal manera, que llaman á ésta, «derecho sumo», y que
para mantenerse en el estado que tal derecho de poder
ó fuerza le concede ó permite, puede hacerlo sin aten-
cion á nadie: que el derecho natural de cada hombre no
está arreglado por la razón, sino por los apetitos y el
poder. (2) Y muy rectamente dice á este propósito un
grande filósofo cristiano: *¿Cómo ha de ser que ninguno
quiera perder bienes... por amor á la Comunidad ó al
Estado, á lo justo y á lo honesto, si con arruinar á otro, si
tal es su poder, puede proveer á sus propios intereses?* (3)

A los apóstoles de tan disparatadas doctrinas no les
inspira ni puede inspirarles en sus acciones, el amor del
prójimo; sino que hallan en ellas, fomento á su odio
contra la religion, á su vanidad y al interes de la satis-
faccion de sus apetitos. Saben ellos que no serán en-
vuelto en las ruinas del desmoronamiento de la socie-
dad, que provocan, que tiene savia y virtualidad bas-
tante para resistir, sin sucumbir, á tales embates; pero
no dudan en arrancar macizos del edificio social, para

(1) *Atque ipsa utilitas justis prope mater et equi.*—Hor. Lib.
1—Sat. 3.

(2) Espinosa, Tract. Theol. polit—cap. 16.

(3) *Leinibtz—Epist. 16 ad Molanum.*

fabricar con ellos, pedestales que los levanten y los muestren potentes y satisfechos, aunque hayan de caer heridos por los desprendimientos del edificio, los llamados á servir de materiales instrumentos de la obra de destrucción.

El corazon humano se aficiona á todo lo que halaga sus apetitos, á todo lo que le ofrece librarle de privaciones y de sujeciones. Y las doctrinas racionalistas, saturadas de naturalismo, de materialismo, de impiedad, en una palabra, suprimiendo obligaciones y deberes y la noción de justicia, colocando el interes y la utilidad y la fuerza en el lugar de las leyes inmutables de la religion, han contaminado por igual, á los de humilde posición, que aspiran á la injusta posesión de lo que tienen otros, y á los de posición elevada y desahogada, que por natural efecto de aquellas máximas, los que de ellas están imbuidos, ni en sus entendimientos hallan razon alguna para desprenderse de parte alguna de lo que les sobra, ni en sus corazones el necesario afecto, para volverse á aquellos que los odian. Y así, por aquel funesto apostolado, son las víctimas los que constantemente se han oido llamar, por el influjo de aquellas doctrinas, á un estado del todo feliz. Y hánse agravado los males de los humildes, habiendo aprendido en aquellas máximas y teorías, ademas del odio de clases, un creído derecho á dar satisfacció á los apetitos de placeres y de disipacion; de todo lo cual resulta una doble miseria, moral y material.

Tal trastorno de ideas y de sentimientos que tantos y tan grandes estragos ha traído al mundo, es tanto de llorar como de temer, por los tan poderosos medios que los fomentadores de tal trastorno se han procurado, de divulgacion y de sostenimiento: la política, la prensa en sus tan variadas formas, los centros de instruccion,

donde á cada profesor le es permitido exponer todos los desvaríos de su entendimiento, y ahora, en estos últimos tiempos, la escuela láica, contrabando para nosotros, importado de país infestado, que contiene todos los gérmenes de disolucion y de muerte. Nos, en este punto, haciendo un alto en el hilo del discurso, hemos de levantar, en fuerza de nuestro ministerio, nuestro clamor, execrando tal diabólica institucion, y hemos de advertir una vez más, á los padres de familia que á sus hijos envian á tales centros, la terrible responsabilidad que contraen delante de Dios y de la sociedad, los castigos que recibirán del Cielo, y el que muchos, quizas todos, empezarán á sufrir de sus propios hijos, cuando experimenten su desamor, sus rebeldías, y hayan de llorar sus delincuencias. Y pues están á tiempo de volver atrás, no esperen, y en Dios y por Dios se lo persuadimos, á que no haya lugar, y el castigo y las lágrimas sean inevitables.

No es por los caminos del materialismo por donde hallarán las gentes del trabajo, no ya la consecución de todos los bienes y goces, á que locamente tantos aspiran; pero ni siquiera al alivio conveniente, al honesto bienestar conformado á su condicion. Por el materialismo, por la impiedad, se va al antiguo paganismo, aunque se modifiquen las formas, en el que llegó á ser hasta considerada de derecho natural, la condicion de esclavo, y contraria, por lo mismo, á tal derecho, su abolicion; á estimar como falta de educacion en las personas cultas, mostrar algun sentimiento de consideracion hácia aquellos. Y con el vilipendio de aquella clase de hombres, se hizo el vilipendio del trabajo, que no era creido digno de otros, ni estaba á otros encomendado, que á esclavos. Y esto era lógico. Desconocida aquella eterna verdad: «Dios crió al hombre á su imágen y se-

mejanza», olvidado entónces, y negado ahora, el origen del hombre, dándole el mismo que se da á los animales; no queda razon para que aquellos hayan de ser tratados mejor que éstos, cuando así lo pida el interes. Y la ley de la lógica, como la de la gravedad de los cuerpos, no se desvía de su camino. Y á mayor acción del materialismo, seguirá inevitablemente un menos valer de la dignidad humana, corriendo, como el hierro al imán, los más débiles á quedar atados con mas fuertes ligaduras, á los que hayan sabido hacerse fuertes.

Ya lo hemos dejado apuntado. No en el materialismo, sino en la doctrina del Evangelio se halla la virtualidad para solucionar todos los conflictos sociales. Sólo el cristianismo reconoce la personalidad del hombre en toda su integridad, y solo él lo pone en la posesión y uso de todos sus derechos. La humana dignidad desconocida y vilipendiada en el paganismo, fue reconocida y sostenida por el cristianismo desde que éste apareció en el mundo. *Ante el Señor*, dice San Pablo, *no hay distinción de gentil y judío, de bárbaro y escita, de esclavo y libre, sino que Cristo es todo en todos.* (1) La antigüedad pagana oyó atónita esta doctrina. ¿Cómo? ¡Un miserable esclavo, á quien apenas si concedían la racionalidad, que muchos pueblos hasta le negaban, igual al grande señor, al amo que disponía de su persona y de su vida! Jamas hubieran soñado semejante para ellos desvarío. ¡Tan nueva les era la doctrina! Y éralo, en verdad. Bien lo habia dicho el Salvador: *Os doy un mandamiento nuevo, que os ameís unos á otros, del modo que yo os he amado á vosotros.* (2) Era nuevo, porque, aunque el precepto de amar al prójimo, era tan antiguo como el hombre, este que anunciaba el Salvador, tenia de nuevo

(1) Coloss, III.—11.

(2) Evan, S. Joan; XIII.

haber de amarse, como el mismo Salvador amó a los hombres, con la humillación de su Humanidad y el sacrificio de su muerte: y era nuevo en este su origen, porque aún aquel primer mandamiento se hallaba oscurecido hasta entre el pueblo judío, y olvidado y desconocido por los pueblos del gentilísimo y del paganismo: y nuevo en sus efectos, porque gentes bárbaras y enemigas entre sí y contra los demás pueblos, entregadas á la degradante idolatría y á toda corrupción, y esclavos y oprimidos, sin personalidad, y amos soberbios y crueles, creídos revestidos de otra muy superior naturaleza, se miraron hijos de un mismo padre, se hallaron juntos en fraternal abrazo. Y los que vivían en degradación y en opresión y vilipendio, respiraron las auras de la libertad cristiana, y se gozaron en la contemplación de su personal dignidad, que ellos mismos ignoraban existiera en sí mismos. En sus oídos y en sus corazones resonaba el eco de aquella consideración de San Juan: *Conocemos haber sido trasladados de la muerte á la vida, en esto, en que amamos á los hermanos: y sabemos que el que no ama queda en la muerte.* (1) El amor que habían aprendido los llevaba de la muerte á la vida. La falta de amor era la falta de espíritu vital, de la que había venido y había de volver, donde faltara, la muerte.

En uno de sus libros invitaba Séneca á considerar el estado de los pueblos adonde no habían penetrado las armas y la civilización romanas, para hacer patente la diferencia entre la barbarie de aquellos pueblos, y la cultura romana, aunque revuelta ésta en cieno y en sangre, y ponderar las ventajas y los bienes de aquella civilización, aunque tan imperfecta y estragada. (2) Unos

(1) I Joan. III—14.

(2) Omnes considera gentes in quibus romana pax desinit—
De Providentia—4.

recuerdos de la antigua sana tradición derivada de la revelación primitiva, algunos principios de derecho natural, aislado, sin formar cuerpo de doctrina, las vislumbres del sentido común, bastaron para aquella relativa superioridad, que tanto se complace en señalar aquel filósofo. La ley del Evangelio, derivación de la ley eterna de Dios, porque encierra en sí y contiene todo lo que es derecho natural, participación de la ley eterna que está en Dios, y el derecho divino, que es la misma expresión de la voluntad de Dios, tiene en toda propiedad el derecho de hacer observar aquello mismo de Séneca: «Considerad el estado de los pueblos adonde nunca ha penetrado el influjo del Evangelio, de la religión de Cristo.» Y no se les verá romper las tinieblas en que vivían y la oscuridad que los cercaba, sino penetrando y rompiendo por ellas, la única y potentísima luz de fuerza bastante, la del que es llamado «Sol de Justicia,» Cristo Redentor, la doctrina de su Evangelio. Este es el hecho constante. Siglos ántes de la venida del Salvador, profetizándola Isaias, predecía asimismo tal estado de los pueblos, y que vendría á alumbrar sus caminos, la luz de la gloria del Salvador en su aparición: *He aquí,* decía el profeta, *que la tierra se hallará cubierta de tinieblas y tendrán veladas los pueblos sus inteligencias; (1) pero que al aparecer la gloria del Salvador en su venida al mundo, como el sol sobre el horizonte, los pueblos inundados y guiados de aquella luz, hallarán los caminos rectos y seguros de su prosperidad y de su felicidad: et ambulabunt gentes in lumine tuo. (2)* Y esta luz será la que nuevamente haya de penetrar y disipar esa tenebrosa atmósfera de errores, dentro de la cual, como en cenagosas aguas, se rebulle la gusanería de todos los desór-

(1) c. L X.

(2) *Id. ibid.*

denes y excesos que, pervirtiendo á la criatura racional, perturban en sus cimientos á la sociedad, que empujan á su ruina: luz que desgarré esa envoltura de materialismo en sus varias formas, debajo de la cual padecen asfixia los nobles sentimientos de la fraternidad, las impulsiones de la cristiana caridad. Porque donde no penetra aquella luz, allí no brotan ni germinan aquellos sentimientos y virtudes, ni fraternidad, ni caridad, base que son indispensable, evidentemente reconocida, para toda sociedad ordenada. Y en esta luz moran solamente y por ella andan, como declara San Juan, los que aman á sus hermanos: *Quien ama á su hermano, dice, en la luz mora.* (1) Todo esto es declarar y mostrar que esta luz es la que permite la constitución de la humana sociedad, tal como la necesita y exige la propia condición de la persona racional, como la ha querido la ordenación de Dios; es el órden necesario para el desenvolvimiento de las fuerzas sociales, es la verdadera civilización. De donde es justo inferir, que la restauración interior del órden social y su mantenimiento, dependen de la renovación interior del hombre, de su corazón, que es llevado adonde le inclina su propio peso; y el peso del corazón es aquello que ama. *Pondus cordis*, «peso del corazón», llama San Agustín, al amor. Porque las cosas caen siempre en la inclinación del peso que las oprime. «Por él soy llevado», dice el Santo, «adonde quiera que lo sea», *eo feror quocumque feror*. Pero ya lo había dicho antes el Salvador: *donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.* (2) De donde bien claramente deducimos que el materialismo que mata las almas y atrofia los corazones, según dejamos bien manifestado, es opuesto no sólo al bien de la socie-

(1) I Joan. c. 11—v. 10.

(2) Luc. XII—34.

dad, sino á la existencia de la misma; y que la restauración social se ha de hacer por la renovación de los corazones. Por donde Nos llegamos á la conclusión de exhortar y persuadir á todos nuestros amados diocesanos, que, pues hay en todos un deber de mirar por la salud de sus hermanos, y por tanto de procurar que los cristianos, las clases populares principalmente, no sean víctimas de las teorías y seducciones del materialismo de la impiedad, encaminen sus esfuerzos á poner los verdaderos y eficaces medios para conseguirlo; que están ó consisten en principal parte, y en lo que de cada uno depende, en la procuracion de la reforma interior, de la renovacion del corazon de cada uno. Esta norma nos la da el mismo Redentor, venido al mundo para la redención del mundo, y diciendo al Eterno Padre: *Yo por amor á ellos me santifico á mí mismo, con el fin de que ellos sean santificados en la verdad.* (1) Todo apostolado que no vaya influido de este espíritu de santificación, resultará estéril para los fines de restauracion posible, como queda patente por el ningun resultado de tantos institutos puramente humanos á tal fin creados, que no sólo dejan de conseguirlo, sino que parece que juntamente con ellos crecen y aumentan el malestar y todo desórden.

Sean pues fin de nuestra Exhortación, estos ruegos del Apóstol á sus fieles de Éfeso y de Filipos: *Pues sois luz en el Señor, proceded como hijos de la luz, con toda bondad, y justicia y verdad* (2)... *Haced cumplido mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Atendiendo cada cual no solamente al bien de sí mismo, sino á lo que redundá en bien del prójimo.* (3)

(1) Ev. Joan. XII—19.

(2) Ad Eph.—V—8, 9.

(3) Ad Philip. II—2—4.

Y con la bendición de Dios que os deseamos, recibid la nuestra que con todo afecto os enviamos.

En el nombre del ✠ Padre, del ✠ Hijo y del ✠ Espíritu Santo. Amen.

Dada en Ciudadela de Menorca, en la primera Dominica de Cuaresma, primero de Marzo del año mil novecientos catorce.

† JUAN, OBISPO DE MENORCA.



Por mandato de S. E. Ilma. el Obispo mi Señor,
DR. GABRIEL VILA, *Lectoral, Vicc-Secretario.*



Nota: Esta Pastoral será leída el primer día festivo inmediato á su recibo en la Catedral é iglesias parroquiales en la Misa Mayor y además en alguna Misa rezada de hora fija en todas las iglesias de este Obispado.

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. Prelado de esta Diócesis, ha tenido á bien hacer, con fecha 25 del actual, los siguientes nombramientos:

Coadjutor de la parroquia de San Clemente y Beneficiado de la parroquia de Santa Maria de Mahón, al Rvdo. Sr. Don Fermin Rosas Timoner, Pbro.

Coadjutor de la parroquia de San Cristóbal, al Rvdo. Sr. Don Guillermo Llabrés Pons, Pbro.

Capellán de la iglesia del Asilo Calabria de Mahón, al Rvdo. Sr. Don Francisco Timoner, Pbro.



CRÓNICA DE LA DIÓCESIS

De conformidad con lo dispuesto por el Excmo. Prelado, fué puesto de manifiesto el Señor Sacramentado en la Dominica de Quiencuagésima y en las dos férias siguientes, en la Catedral, iglesias parroquiales y de Religiosas.

Además, en la parroquial iglesia de San Francisco de Mahón, se celebraron, según anual costumbre, devotas y solemnes Cuarenta-Horas, tomando principal parte en los piadosos cultos la Sección Adoradora Nocturna de aquella ciudad y otras Asociaciones religiosas.

Asimismo, han revestido grande esplendor y solemnidad los cultos de Cuarenta-Horas celebradas en la iglesia de San Agustín de esta ciudad, por el Apostolado de la Oración y demás asociaciones eucarísticas. Todas las Misas rezadas que, en dichos días, se celebraron ante el Señor Sacramentado, se aplicaron en sufragio del alma de la Sra. D.^a M.^a Josefa Ribas Francolí, Madre de nuestro Revdmo. Prelado.

El último día del Triduo de Cuarenta-Horas, celebró Misa de Comunión el Excmo. Sr. Obispo, y por la noche asistió de pontifical á la procesión de reserva.

Predicó los sermones de las noches, el Rdo. Fray Tomás de Barcelona, Religioso Capuchino, encargado de la predicación cuaresmal en esta ciudad, desarrollando, como los otros señores oradores que predicaron en los oficios solemnes de dichos días, asuntos de suma oportunidad y de interés para los oyentes.

Predican los sermones de la presente Cuaresma en los pueblos de esta Diócesis los siguientes Religiosos Capuchinos: Fr. Eugenio de Valencia, en Mahón; Fr. Tomás de Barcelona, en esta ciudad; Fr. Gabriel de Tarragona, en Alayor; Fr. Rosendo de Barcelona, en Mercadal, Ferrerías y San Cristóbal, y Fr. Rafael de Gracia, en Villa-Cárlos, San Luis y San Clemente.

Sumario.—Carta Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, pág. 59.—
Nombramientos, pág. 73.—Crónica de la Diócesis, pág. 74.

Imp. y Lib. del Sagrado Corazón de Jesús.==Ciudadela.